

## Cierto día nos visitó un muchacho

Por César García Pons

LOS intelectuales no suelen ser humildes. Y mucho menos los intelectuales jóvenes. A la inevitable vanidad se agrega, en no pocos, la suficiencia que tan amigablemente les lleva a la pedantería. Sólo el filtro de los años les rectifica, podándoles siquiera las primigenias desafortadas pretensiones. El tiempo, a la postre, es el único que les dice a solas lo que incluso en labios de la más sana crítica les encocora la mocedad. Pero, como no hay regla sin excepción, ésta también la tiene. Dígallo, si no, lo que vamos a escribir enseguida.

Nos llegó un sobre de la Universidad de Las Villas. Contenía un libro de Salvador Bueno, "La letra como testigo". Como de costumbre, nos fuimos de inmediato al índice. Este relacionaba una serie de ensayos, todos correspondientes a los últimos cuatro años de trabajo del autor. Después nos detuvimos, una y otra vez en la dedicatoria. Era una página más, acaso la mejor, del pulcro manojito que el alto centro villareño de estudios nos obsequiaba. Mas, se preguntará el lector si dedicatoria personal alguna a tanto puede llegar, siendo, como es de ordinario, cosa de cumplido, de cortesía, de envío. O pensará adelantándose, en nuestra óptica agradecida o sencillamente halagada. Empero, ni con lo uno ni con lo otro habrá acertado. Porque el redactor de esas líneas lo que en ellas entrega es una actitud de espíritu, que si en lo personal nos tiene a nosotros por destinatarios, en verdad están dirigidas a cuantos con justo título sobre él—profesor y crítico literario—han influido hasta ahora, sirviendo los intereses de su afán de cultura. Y es por eso que, rompiendo la intimidad de ese género de comunicación cordial, las reproducimos. Ejemplarizan ciertamente, aunque evidencian—dislate de los comienzos—una desafortada elección de consejero.

Dice así Salvador Bueno: "Hace algún tiempo un tímido muchacho le visitó buscando orientación y consejo. No había tratado hasta entonces a ningún investigador ni escritor. Por eso interesó mucho en averiguar sus formas de trabajo. Ahora, después de una labor sostenida, aquí están algunos resultados de mis tareas. Ellas sirvan para agradecer el encauce y el estímulo recibidos". Y, salvo la fecha, nada más. Sin embargo, decimos mal. A seguidas, en las doscientas

treinta y seis páginas del bello tomo, toda una ilustración rápida y sólidamente amasada, una manifiesta aptitud crítica, una ostensible preocupación, de largo aliento, por las letras eternas que aquí tiene como objeto de estudio a una Mistral, a un Pedro Henríquez, a un Rómulo Gallegos, a un Martí, gente de América, como podría la pluma que la traduce ya mojada en las mejores fuentes—elegirlos de cualquier otro territorio y tramo epocal de la cultura.

Hombre de prisas, Salvador Bueno ha hecho del tiempo una urgencia, y eso nos dice por qué, en tan cortos años, una decena de títulos llevan su nombre; por qué, a su vez, la pura dedicación literaria no le estorba la cátedra, ni ésta impide la primera; por qué da conferencias, por qué hace simultáneamente periodismo y muchas otras cosas. Asistido, a mayor fortuna, de voluntad tesonera y de probada resistencia para el trabajo, tales virtudes le rinden en las soledades del gabinete, o en los ámbitos docentes, sin los estorbos que para otros representan las inquietudes políticas, que él no padece, ni las adhesiones partidistas de que es ausente. El está en lo suyo, en lo que cree al alcance de sus capacidades. (Sobre esto se ha debatido mucho, y se va a seguir debatiendo, porque no son pocos los que identifican la limitación de las tareas según la natural inclinación, con la poquedad de ánimo o la poltronería, que al efecto lo mismo da; ni los que piensan que lo de poner atención a las señales de los tiempos, siquiera sea en la esfera moral, viene impuesto por una cuestión previa y personalísima de lealtad al periodo histórico que nos ha tocado vivir).

Algunas de las ideas de Bueno distan de ser las nuestras, y de sus juicios alguna vez hemos discrepado. Ello no empece, claro está, para que lo estimemos mercedamente, pues es sino de la gente de letras viajar de improviso, si se conviene, en artolas; lo cual no significa que desde posiciones distintas, y a veces contrapuestas, se deje de perseguir sinceramente el ideal. Salvador Bueno vuelve de una de sus incursiones, según lo proclama "La letra como testigo", con frutos maduros, extraídos de su propia vendimia. Y lo hace humildemente, con esa humildad que es lo primero que habla bien de su sabiduría y de su talento.